

EL POEMA DE MATTA

Por eso el regalo que me han hecho de este libro de poemas es para mí valiosísimo y quiero terminar citando algunas de las románticas y apasionadas cuartetas de Guillermo Mata:

¡América! Sacude la inercia que te abate
Arroja las cadenas que oprimen tu valor;
¡Mañana llegar puede la hora del combate,
Mañana llegar puede la lucha del honor!

Tiranos comerciantes, a corso de riquezas
la América del Norte derrama sobre tí.
Caudillos del engaño coronan sus proezas.
Allí la astucia innoble, la humillación aquí.

Y si es preciso lucha para salvar tu tierra
del Yankee que tu vida sortea en el botín,
el bélico rebato y el trueno de la guerra
a todos nos convoquen para salvarla al fin.

Será un hermoso día, el día en que los Andes
armados a sus hijos en línea puedan ver;
y luego en la batalla morir como los grandes
¡Así para elevarse y así para caer!

Tinieblas del pasado y nubes de odio venza
brillante de esperanzas, el sol de la virtud.
¡La Libertad nos busca!... ¡El Porvenir comienza!
¡Arriba Americanos! ¡A la obra, juventud!

Joaquín Gutiérrez

Santiago de Chile 5-VIII.- 56

La soledad del justo

Por Fernando VALERA

(De *Intermedio*. Bogotá, agosto 13 de 1956)

Mi sentido reverencial de la vida me ha inclinado siempre a la admiración hacia los hombres eminentes y buenos que hallé en mi camino, y me dió en pago la compensación espiritual de sentirme estimado de ellos. Y cuando no llegué a merecer esa estimación, lo atribuí más a deficiencia mía que a injusticia suya. Me envanezco de haber merecido el afecto de Ortega y Gasset. Mi artículo "Despedida y Ofrenda" le conmovió sin duda, acaso más que por el valor literario que tuviera o no tuviera, por el gesto moral, insólito y gallardo entre españoles de reconocer la eminencia ajena. El maestro me expresó entonces su emoción con uno de los dos o tres elogios que he escuchado con agrado en mi ya larga vida y que me compensaron de tantas censuras y críticas inmotivadas que otros me prodigaron: "Yo estoy en deuda con Ud., como pensador y como hombre, y soy de los que pagan sus deudas", me dijo.

No tuvo ocasión de pagarme la deuda. Se interpuso el desgarramiento nacional, la rebelión, la guerra civil, la intervención extranjera, la revolución social, la derrota de la democracia española. En 1936, el infortunado pronunciamiento militar desencadenaba la tempestad en que habían de naufragar tres generaciones de españoles: la de Ortega, sorprendida

en plena cosecha; la mía, que vió interrumpido su crecimiento cuando se acercaba a la madurez, y la siguiente que se prometía ubérrima a juzgar por la buena siembra y por las primeras floraciones.

El 18 de julio de 1936 fue para Ortega y Gasset, político y patriota, un cataclismo espiritual insoportable e insuperable. Al principio, y precisamente por gestión mía, él, Menéndez y Pidal, Marañón y otros intelectuales ilustres condenaban públicamente la rebelión militar; mas a las pocas horas surgía en la calle la otra rebelión, la de los incontrolados, y el espectro del terror y del odio se enseñoreaba de España. Don José no pudo soportar el espectáculo. Por otra parte, sus enemigos encubiertos, los envidiosos de toda la vida —Dios nos libre del rencor de los escritores resentidos y fracasados—, le acechaban y amenazaban, y el gobierno carecía de instrumentos de poder con que asegurar la integridad personal de nadie, pues que la mayoría de la fuerza pública se había echado al monte y, consiguientemente, en las ciudades andaban sueltos los bandidos. Y don José hubo de ausentarse de España.

Rodolfo Llopis, por orden de Largo Caballero, le custodió y acompañó hasta el puerto de Alicante. Con el alma desgarrada, volviéndose a contemplar el ás-

pero cerro blanquecino donde se yergue el castillo de Santa Bárbara —akra leuka, la montaña blanca de los griegos, de donde acaso venga el actual nombre de Alicante—, dando rienda suelta al dolor de su alma, don José dijo a su custodio y acompañante: "He ahí a España. Seca como esa roca. Aridez sin ternura. Ni un árbol, ni una planta, ni una gota de agua".

La filosofía del espectador caía por tierra, y el yo del filósofo tomaba por mundo real la proyección de sus propios estados de conciencia. Le hubiera bastado trepar a lo alto de akra leuka, la montaña blanca, para divisar al otro lado la playa de San Juan, y tras las estípites esbeltas de las palmeras, adivinar, más lejos, la pedrería de los almendros, los parrales de oro de Denia, el espejo de plata de los arrozales en la ribera del Júcar y, al fin, los campos de naranjos y limoneros que con bocanadas impregnadas de azahar anuncian al contemplador asombrado esa espléndida bendición del Mediterráneo que se llama Valencia.

—"No, don José; España es eso... y lo otro", le replicó Llopis, respetuoso pero enérgico.

Pocos días antes, en una plática de amigos a la que asistíamos él, Díaz del Moral —el insigne notario de Bujalance cuya historia de las luchas sociales en Andalucía es uno de los buenos libros de nuestro tiempo— y yo, me manifestaba el espanto y la sorpresa que la guerra civil le había producido.

—"Creía que la ferocidad del celtibero había sido superada para siempre".

—"Yo no", le repliqué. La ferocidad no es una cualidad especial del alma española, como de ningún otro pueblo; sino un atavismo que todos los hombres llevamos latente en el estambre de nuestra conciencia. En efecto, luego he podido comprobar en mi errar de apátrida por el mundo, en mis estudios de humanista, que todos los hombres y pueblos llevan por igual en las profundidades de su ser el desierto y el oasis, el sol que abraza y el manantial que refresca, la arena implacable y la palmera piadosa que ofrece a las caravanas sus dátiles y su sombra. El mismo pueblo que escuchaba enternecido a Bach, a Mozart y a Beethoven, volviéndose satánico al conjuro de los alaridos de Hitler.

Invito al lector a que relea y compare, por vía de ejemplo, el relato que Tucídides hace de la guerra civil de Corcira en el siglo V antes de nuestra Era, con el que Hurtado de Mendoza redactó en el siglo XVI para el rey don Felipe II de España, informándole de las atroci-